

## LOS ESPEJOS DEL YO EN LA NARRATIVA DE CRISTINA FERNANDEZ CUBAS.

*Carmen Núñez Esteban*  
*Neus Samblancat Miranda*

"Espejo, espejito mágico..."

**La** voz de Cristina Fernández Cubas debe sumarse a la de toda una generación de mujeres escritoras que a finales de la década de los 70 emergieron en el mundo de la cultura. Con resonancias propias, estas autoras aportaron a la decaída literatura del país las actitudes renovadoras que llegaban de Europa y América. A los nombres ya míticos de la generación de los 50 —Carmen Martín Gaité y Ana María Matute— se unieron los de Rosa Montero, Soledad Puértolas, Adelaida García Morales, o Cristina Peri Rossi, que comienzan a publicar alrededor de aquellas fechas (e incluso algunas, como Peri Rossi, antes). De entre estas voces, acompañadas, hoy, por las de Paloma Díaz-Mas y Almudena Grandes, entre otras autoras, elegimos para *Lectora* analizar los relatos breves de Cristina Fernández Cubas por su seductora capacidad para explorar los espejos del yo (o tal vez sus espejismos), concretados en ciertas identidades imaginarias o físicas.

En la narrativa de C. Fernández Cubas el reflejo constante de lo real se articula en una visión desdoblada de algunos de sus personajes. El tema del doble, o la visión especular del ser humano, nos conduce a un cosmos literario en donde la multiplicidad de apariencias queda reducida a una oposición binaria entre la realidad y su reflejo. Fernández Cubas plantea en sus relatos una imagen del mundo inherente al ser humano: la que lo concibe como el resultado de la unión de opuestos sin que en ningún momento deje de percibirse su singularidad.

Los personajes de estos relatos —Lúnula y Violeta, o sus dobles complementarios, Victoria Luz, en el relato "Lúnula y Violeta", o

Marcos-Cosme y sus paralelos femeninos Angela-Eva en "Helicón", o Clara Galván-Sonia Kraskowa en "En el hemisferio sur"— se enfrentan a la realidad desdoblado su propia identidad en proyecciones gemelares o en proyecciones desdobladas del mismo sujeto. Esta fragmentación permite a la autora presentar lo cotidiano como un juego de oposiciones donde lo más simple (un batido de plátano, una esquila, unas iniciales, un huevo) se convierte, a través de la visión de mundos imaginarios paralelos —de dimensiones desconocidas—, en representación de valores absolutos: el bien y el mal, el orden y el desorden, la razón y la belleza, cuya permanente disputa configura una imagen ambigua de la realidad, perceptible desde el otro lado del espejo. "De pequeña siempre miraba el espejo, esperando encontrar algo... algo que no fuera exactamente igual", dice C. Fernández Cubas.<sup>1</sup>

La mirada del personaje se vuelve sobre su propio yo y lo convierte en territorio de confrontación donde las proyecciones de los diferentes niveles de la conciencia se individualizan y adquieren distintas personalidades. El mundo real pierde límites y se impregna de contenidos oníricos, de evocaciones simbólicas y de frustraciones vivenciales escondidas en el subconsciente. De esta manera, la manifestación visible de ese malestar no asumido adopta la apariencia de un nuevo personaje, caracterizado por los elementos opuestos al personaje real, que cuestiona la primacía en la determinación de la voluntad del sujeto. Asistimos entonces a un juego de posesión, en el cual las dos facetas del individuo luchan entre sí por apropiarse del contrario. Pero se trata de una lucha desigual, porque el reflejo fantástico e imaginario de la interioridad del personaje ha surgido para resolver la incapacidad de la razón a la hora de explicar la totalidad de la vida. En una atmósfera de fronteras imprecisas, los personajes dirimen su conflicto posesivo, absorbente y dramático, hasta que el más fuerte —el más libre— "engulle" al otro y establece sus nuevos límites, como resulta evidente en el desenlace de "Los atillos de Brumal".

El momento era delicioso pero no podía detenerme. Las siete en punto. Dentro de muy poco un hombre llamaría a la puerta, insistiría, esperaría inútilmente a que una imposible Adriana acudiera a recibirle. Porque *Adriana* dejaba de existir aquí, en este preciso instante, mientras una feliz Anairda bajaba presurosa las escaleras, se dirigía a la estación, pronunciaba por última vez el nombre de la odiosa localidad de mar, montaba en el tren y, recostada en su butaca, indiferente a los demás viajeros del vagón, se entregaba a dulces sueños recordando que, al mediodía, es ya de noche en Brumal (187).

Dicha ambivalencia se proyecta —y a la par se gradúa— en un especial tratamiento del tiempo. Los ambientes cerrados de la mayor parte de los relatos —analogía clara de la consciencia interna del personaje— sirven de escenario para plantear un aspecto esencial en la narrativa de la autora: el tratamiento del tiempo (o mejor la percepción que de él tienen los personajes) articulado en dos niveles. En primer lugar, el que corresponde a un tiempo medible y cuantitativo, dimensión exacta de lo cotidiano que marca la superficialidad de la vida de los personajes. Este tiempo de percepción objetivable se asocia, las más de las veces, al mundo urbano y aparece identificado por dos elementos: "la razón" y "el orden" con valores unívocos. El agobiante quehacer profesional con su correspondiente carga de frustración en "El hemisferio sur", la rutina escolar de un internado femenino en "Mi hermana Elba" conjurada a través de la división del tiempo en fracciones denominadas "pasos", y la soledad e incomunicación de la vida moderna en "Lúnula y Violeta", o el derecho a la privacidad en "Helicón", manifiestan el nivel temporal del conflicto que desemboca en la necesidad del recuerdo o del desdoblamiento como liberación del yo. Después de todo —dirá Marcos en el relato "Helicón"— ¿quién no tiene algo que ocultar por mínimo que sea? (...) Lo cierto es que un buen día me vestí de Cosme (...) y decidí deambular por la ciudad en una noche sin luna..."(33-34).

En segundo lugar, y como emanación de la auténtica identidad del personaje, un tiempo esencial, cualitativo y proustiano, escenario imprescindible para la evocación y la memoria. Frente al mundo urbano ligado al tiempo inmediato, el mundo rural, o el paladeo de ese mundo rural en la urbe, aparece como la oposición complementaria que justifica la necesidad de un tiempo oculto, atesorado en el personaje. En "Los atillos de Brumal" la protagonista "relamía la cucharilla y la vergüenza se trocaba en interés, el deseo de olvido en necesidad de memoria. La aldea de mis orígenes dejaba de erigirse en palabra prohibida. ¿Cómo era Brumal?" (166).

Tiempo de la belleza, de la imaginación, de la magia y del "desorden", entendido como opuesto a razón. Emerge entonces un elemento que justifica por sí solo el valor literario de estos relatos y que consiste en la asociación de belleza y "desorden" como elementos creadores y vitales —y los relatos "Helicón" o "Los atillos de Brumal" serían ejemplos paradigmáticos de ello—, frente a razón y orden rectores del plano de la realidad y del conflicto que atenaza a ciertos personajes.

Desgajado de la anterior visión aparece el tema del mal inocente, ligado al mundo de la infancia y de la crueldad no culpable, carente de valor moral. La proximidad de un yo narrador —"Mi hermana Elba" "El legado del abuelo", "El reloj de Bagdad" o "Mundo"— tiñe a los cuentos de un palpito de confidencia, materializado en los cuadernos que ayudan a reconstruir el pasado, o que lo consignan, a través de los diarios. Estas

confesiones, espeluznantes algunas de ellas, como la de la propia hermana de Elba, que antepone la felicidad que le supone el beso de Damián al dolor por la muerte de su propia hermana, ayudan a autoconstruir al personaje a la luz de su propia consciencia y a reconstruirlo a los ojos del lector. La objetivación del tiempo —diarios, cuadernos de notas, tarro de mermelada, relojes, pipa— permite a los personajes a través de un ritual casi mágico trasladarse de un tiempo real a un tiempo evocado y vivencial que se corresponde, en la mayoría de los relatos, con la infancia. Tramo temporal que caracteriza la vida del personaje por medio de una interpretación simbólica del mundo ligada a los mitos de los cuentos infantiles. Narraciones en donde el conflicto aparece oculto muchas veces tras la historia principal. Así, en *Blancanieves* el problema central se plantea entre la reina y el espejo —su otro yo— por la posesión de la belleza. Mientras que en *La Cenicienta*, la madrastra —el mundo de lo cotidiano— se enfrenta al mundo de la fantasía y de la imaginación del hada madrina. Mundo que se disuelve, al igual que en los relatos de C. Fernández Cubas, en una cota temporal objetivable: las 12. De este modo, la permanente confrontación que se da en la infancia entre personajes emblemáticos, premonición de los conflictos de la realidad futura, se desarrolla en un territorio —la conciencia infantil— que no acaba aún de estar sometido a códigos estrictos y normativos, y que por lo tanto facilita la capacidad de visión; pensemos sino en esas "ánimas" sólo vistas por la niña protagonista de "El reloj de Bagdad", o ese "ángulo del horror" descubierto por Julia al final del relato del mismo nombre.

La interpretación del mundo en la infancia, por analogía con esos personajes de ficción, enfrenta a su protagonista al dilema de escoger las señas de identidad que luego conformarán su personalidad adulta. De ahí que la elección se asocie en algunos relatos de C. Fernández Cubas con la crueldad amoral como reflejo del "desorden" y de la inocencia del mal. El relato maravilloso es, en última instancia, el estremecedor reflejo especular en donde los personajes de Cristina Fernández Cubas encuentran su auténtica dimensión. Espejo, espejito mágico...

OBRAS CITADAS<sup>2</sup>

- Fernández Cubas, Cristina. "Lúnula y Violeta", en *Mi hermana Elba y Los altillos de Brumal*. Barcelona: Tusquets, 1988. 13-32.
- . "Helicón" en *El ángulo del horror*. Barcelona: Tusquets, 1990. 13-52.
- . "En el hemisferio sur" en *Mi hermana Elba y Los altillos de Brumal*. Barcelona: Tusquets, 1988. 131-153.
- . "Los altillos de Brumal" en *Mi hermana Elba y los altillos de Brumal*. Barcelona: Tusquets, 1988. 155-187.
- . "Mi hermana Elba", en *Mi hermana Elba y los altillos de Brumal*. Barcelona: Tusquets, 1988. 53-81.
- . "El legado del abuelo", en *El ángulo del horror*. Barcelona: Tusquets 1990. 55-96.
- . "El reloj de Bagdad", en *Mi hermana Elba y los altillos de Brumal*. Barcelona: Tusquets, 1988. 115-130.
- . "El ángulo del horror", en *El ángulo del horror*. Barcelona: Tusquets, 1990. 99-115.
- . "Mundo", en *Con Agatha en Estambul*. Barcelona: Tusquets, 1994. 11-72.
- Grimm, J. y W. "La Cenicienta", en *Cuentos*. Madrid: Alianza Editorial, 1976.
- . "Blancanieves", en *Cuentos*. Madrid: Alianza Editorial, 1976.

<sup>1</sup> Opinión extraída de la entrevista realizada por Neus Graus y María Caballero a C. F. C. en febrero en 1990. Inédita.

<sup>2</sup> *Mi hermana Elba y Los Altillos de Brumal* se publicaron por primera vez en 1980 y 1983 respectivamente en la colección Cuadernos Infimos (Tusquets Ed.) con los números 92 y 112. Aquí citamos por la reedición conjunta de 1988.